

## INFORMACIONES

### En memoria de Alejandro Rossi

VICTORIA CAMPS  
Universidad Autónoma de Barcelona

El pasado 6 de junio me llegó desde México una desoladora noticia: acababa de morir Alejandro Rossi. No fue una sorpresa pues la enfermedad que padecía desde hacía años había ido empeorando y él sabía que el fin estaba cerca. Pero la muerte de un amigo siempre golpea fuerte. Le conocí tarde, en los primeros 80, cuando ya de algún modo se despedía de la filosofía y se jubilaba prematuramente como profesor e investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México. Pero se trataba de un abandono más aparente que real. Había estudiado filosofía de la mano de José Gaos y del entonces joven filósofo, Luis Villoro. Ambos dejaron en él una huella que le llevó a interesarse, primero, por filósofos como Hegel y Heidegger y, luego más intensamente, por el positivismo lógico y la filosofía analítica, a la que dedicó durante unos años sus cursos y seminarios universitarios. Fruto de la curiosidad por el pensamiento analítico es un breve pero enjundioso libro, *Lenguaje y significado*. Junto a Luis Villoro y Fernando Salmerón, fundó la revista *Crítica* con el objeto de difundir y cultivar el pensamiento analítico anglosajón. Aunque breve en el tiempo, su docencia y su rigor intelectual dejaron huella en las nuevas generaciones de filósofos que aprendieron de él y le recuer-

dan como a uno de los protagonistas del giro que se produjo en la investigación y enseñanza de la filosofía en México y en América Latina en la segunda mitad del siglo XX.

No puedo decir mucho del Alejandro Rossi que disfrutaba —como me consta que lo hacía— con las peregrinas discusiones del análisis del lenguaje, ni de cuando estuvo enfrascado en la traducción de las *Investigaciones Filosóficas* de Wittgenstein. Tampoco tuve ocasión de leer su tesis de maestría sobre Hegel, que nunca quiso publicar. Amigo de Octavio Paz, en los años setenta había colaborado intensamente en la revista *Plural* donde empezaron a publicarse las páginas que luego compondrían su conocidísimo *Manual del distraído*, el libro que le convirtió en un autor de culto, de estilo personal y singularísimo. Más tarde fue secretario de redacción de la revista *Vuelta* en cuyos números fue publicando uno tras otro una serie de artículos con una prosa inimitable que le consagró como un observador del mundo en sus detalles más nimios, un crítico de lo que él mismo describió como «pensamiento gaseoso», un artesano del lenguaje. La filosofía seguía en el trasfondo pero se había transmutado en otro género, más literario e imposible de clasificar entre los géneros canónicos.

Mi primera lectura de la obra de Rossi fue el librito *Sueños de Occam*. Me pareció una aventura literaria sorprendente por lo alejada que estaba de cualquier patrón reconocible y por las muchas sugerencias y guiños que entrañaba. No era exactamente ni novela ni ensayo ni poesía, pero tenía de todo un poco. A pesar de haber dejado atrás a Wittgenstein y Strawson, mantenía una cierta obsesión analítica, por supuesto mucho más divertida y rompedora que la de los filósofos de Oxford, focalizada en llamar la atención sobre detalles cotidianos, aparentemente menudos e insignificantes. Unos años antes, en un libro del Fondo de Cultura Económica, había publicado un espléndido ensayo conmemorativo del primer centenario del nacimiento de José Ortega y Gasset, que empieza así: «Por fortuna ha pasado ya la época en la que nos preguntábamos si José Ortega y Gasset era o no era un filósofo». De ahí arrancaba, para poner de manifiesto la decisión de Ortega de serlo todo y de ofrecer así una combinación intelectual insólita e interesantísima. Lo que le gustaba de Ortega es que escribiera «desde» la filosofía, pero a propósito de cualquier cosa, igual de Kant que de un club de golf madrileño. Porque «a la buena filosofía se llega siempre desde problemas no filosóficos».

Los temas no filosóficos son los que inspiraron definitivamente a Alejandro Rossi. Él mismo pedía que se le leyera «sin planes, sin pretensiones cósmicas, con amor al detalle». Se liberaba así del imperativo filosófico de tener que justificarlo y fundamentarlo todo, para poder incurrir en contradicciones, si fuere preciso, concentrándose en la tarea más difícil de contarlas bien, en páginas impecables. Es el pensamiento que surge de una mirada atenta, curiosa y, a la vez, distraída, que huye del afán por teorizar, de las preguntas manidas, de las generalizacio-

nes vanas. En lugar de discurrir de lo concreto a lo universal, o de la anécdota a la categoría, se entretiene en la anécdota y se pierde en ella: «He oído que las teorías buscan afanosamente ejemplos, dispuestas a todo tipo de concesiones con tal de tenerlos de su lado. En mi caso abundan, lo cual tal vez prueba que no soy un teórico sino más bien un conejillo de indias o una gallina espantada».

El *Manual del distraído* se convirtió pronto en un clásico reeditado y reseñado repetidas veces, en Latinoamérica y en España. Después de su publicación vinieron *Diario de guerra*, *La fábula de las regiones* y, finalmente, *Edén. Vida imaginada*, las memorias que relatan los vaivenes geográficos y sentimentales de la segunda infancia de su autor. En el 2005, el Fondo de Cultura Económica le homenajeó publicando sus *Obras reunidas*, donde, además de los libros mencionados, se recogen otros artículos imprescindibles como las «Cartas credenciales», el texto leído en la ceremonia de ingreso en El Colegio Nacional de México.

Lo que une las narraciones de Alejandro Rossi es el estilo más que los temas. Y también la voluntad de huir de cualquier afán didáctico, sin renunciar a la crítica mordaz que no se ensaña contra los lugares comunes, sino más bien contra la forma canónica de practicarla. En *La fábula de las regiones*, un conjunto de ficciones que aluden al nacionalismo latinoamericano, se evita y se ridiculiza la historia con mayúsculas para recrearse en historias ocultas y personajes secundarios. Porque la historia oficial es aburrida, los historiadores oficiales se empeñan «en proporcionarnos una historia respetable, una historia que no nos sonroje» y que «pretende demostrarles a los más jóvenes que tuvieron padres, que hubo una cierta continuidad, que las lucecitas sueltas de la inmensa noche forman una Patria». Los personajes de *La fábula de las*

*regiones* son héroes de pacotilla, personajes incómodos, memoria de una realidad más sucia que la plasmada en hechos emblemáticos.

El verbo ágil, agudo, divertido y mordiente de Alejandro Rossi producía un magnetismo especial y deslumbraba por su inteligencia. Disfrutaba conversando, sabía escuchar y crear el clima adecuado para que su compañía fuera siempre deseable, era un amigo de hierro.

Unos meses antes de su muerte, predecido el final, me mandó un mensaje laconico: «me estoy preparando para enfrentar lo inevitable con decoro y dignidad». Tendremos que acostumbrarnos a estar sin él, a no encontrarle en México, a dejar de reírnos con sus comentarios siempre ocurrentes a propósito de cualquier tema. Tendremos que conformarnos con el buen recuerdo de su amistad y la pulcra obra que nos ha dejado.